

por afinidades electivas, por ambición intelectual, por decisión. Pero O’Gorman sabía que no era ni el primero ni el único que ponía sus conocimientos al servicio de otro autor, traduciéndolo. ¿Para qué? Para leerlo mejor, por supuesto, y para abonar con ese trabajo una tradición que sólo tiene sentido en la construcción de saberes, los cuales han de redundar en beneficio de nuestra calidad de vida.

Son pocos —y en Conacyt ni los busquen— los que saben las sorpresas que daría un balance de las creativas, impredecibles, diversas y útiles transacciones que se han hecho entre la historia y la traducción —y yo por eso creo tanto en la apuesta intelectual que supone cada traducción, como en la necesidad de incrementar los frutos de esa transacción—. Sin embargo, es curioso que la gran mayoría de los alumnos de O’Gorman decidiera hasta ahora no exhibir la vigencia de las enseñanzas del maestro en el área de la traducción. ¿Por qué? Pues muy sencillo: traducir, ¿para qué?

Coatlicue desencadenada

Edelmira Estrasa*

Siento que de Avándaro se ha dicho poco.
Desgraciadamente la mayoría de lo que se
ha dicho está lleno de recelos y prejuicios
y quizá de consignas

Humberto Rubalcaba (1972)



SI LAS SUMAS NO ME SALEN MAL, el año entrante Avándaro cumplirá el tostón. En septiembre de 1971 se realizó el Festival de Rock y Ruedas. Docena de bandas animaron el ruidoso programa: Epílogo, Zafiro, Tinta Blanca, Mayita Campos y Los Yaki. Desde Monterrey El Amor y de Guadalajara Fachada de piedra, *Toncho* Pilatos y Bandido. De Tijuana. El Ritual. Pero el plato fuerte era Peace and Love con un *brass* muy potente.

Anocheecía cuando División del Norte subió al escenario. El sonido era pésimo y los focos del escenario se apagaban entre la rechifla. Entonces sucedió lo imprevisible. Una chavilla delgada y despeinada comenzó a bailar sobre un camión mu-

* Fundación de Estudios de los Coleccionismos.

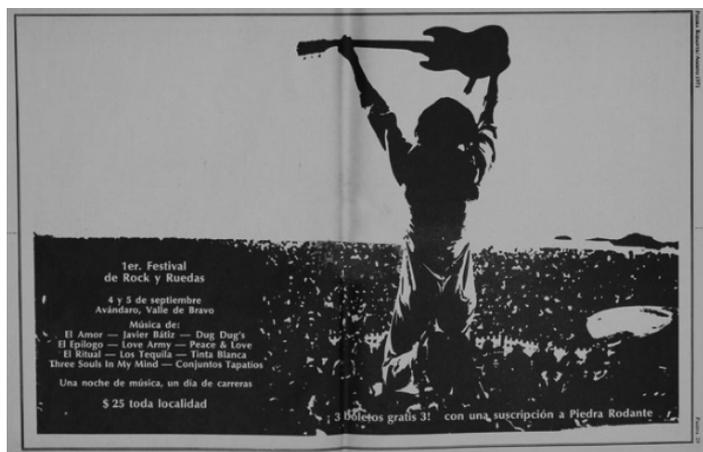


Figura 1. Anuncio del 1er. Festival de Rock y Ruedas, *Piedra Rodante*, agosto de 1971.

dancero que había acarreado equipos. A la luz de los reflectores el cabello suelto, playera blanca y jeans de metileno. Con ritmo, pero sin gracia, dejó el torso desnudo. Despojándose de una camiseta. Nada especial. Los medios la apodaron *La encuerada de Avándaro* y su fotografía la convirtió en celebridad.

Laura Patricia se llamaba esta “primera dama” del rock mexicana. En el linaje de insumisas, dos minutos libertarios convirtieron en leyenda a *Avandita*. Mujer semidesnuda que José Agustín entendió como *dionisiaca e inofensiva*. Tanto güey y tan pocas fotos del performance radical de una musa de época. Carlos de la Garza las tomó desde el piso. Las roló a *Piedra Rodante* (revista que distribuía 5000 ejemplares) que reprodujo la secuencia a la que denominó “Coatlicue desencadenada”.

Quihubo con la última —que parece venir de otro espacio—; en la progresión la vemos bailando con curiosos acompañantes al tiempo de un son. De la Garza miró hacia arriba, refrendando su condición aérea. Ciegos ante esta campestre diosa alada. *Rodante* sobrepuso lamentables pies de foto: “¿Ya viste hijo? ¡Una encuerada!”

Pachequearon, bailaron y amaron sin pedir permiso. Una historia distinta fueron aquellas redacciones torciendo esa imagen de la tapatía bailarina como demostración de los vicios. Censurando el desmadre y la inexistente bacanal. Nada pueden las entrevistas inventadas o la verdad oculta de los reportes policíacos, intentando confiscar el mito. Ella sigue bailando. Sigue potente como elocuente retrato de una idea: la irreverencia de una generación dispuesta a trasgredir, y sifón, crearse un mundo nuevo frente al leprosario político y los anquilosados caudillos culturales. La imaginación al poder. Ecos de la Era Acuariana.

Ahora me llaman doña Edelmira. “Lo difícil de ser adulto es que ocurre sin darte cuenta”, como le recita Robert Redford a un estudiante en *Leones por corderos* (2007). Palomazo y cotorreo, con grupos tibios y muy pocos momentos de calidad musical. Pero Avándaro indigestó a la momiza. Ya éramos país mediatizado. Seiscientas cincuenta emisoras de radio, 64 televisoras, además de 2000 y pico de publicaciones abucheando a coro: todo era hierba, greñas y degenerere. Y el que vistieran esas fachas demostraba, claro, que eran traidores a la patria. Y más aún que se desvistieran.

La portada de *Mañana* es una mentada. El espacio es impreciso. No existen banda ni bandas; el concierto representado con unos cables al fondo. El torso se desnuda con rigidez, pero abajo unas manos recortadas aplauden. El dispositivo es burdo: atreverse a poner una *encuerada* en la portada se matiza por las seis palabras del encabezado, dando un quemón de la línea editorial: “¿Amor y paz? ¡Vicio y degradación!”

Azotadísima, Elena Poniatowska simuló entrevistarla para el primer número de la revista *Plural*. Equivoca el nombre —la llama Carmen Rodríguez— ya que repetía las conclusiones del procurador: “Era una desadaptada por el abandono de sus padres” y la mejor parte “el LSD la dejó desequilibrada mentalmente”. Pero una foto alcanzó a colarse, probablemente hechura de Hugo Galindo, que era fotorreportero de *Excelsior*.

La sensacionalista *¿Por qué?* mostró una versión diferente de la *Encuerada*, ya entonces célebre. No se percibe erotismo en esa imagen. Instantánea sin más, ajena al proceso del hechizo

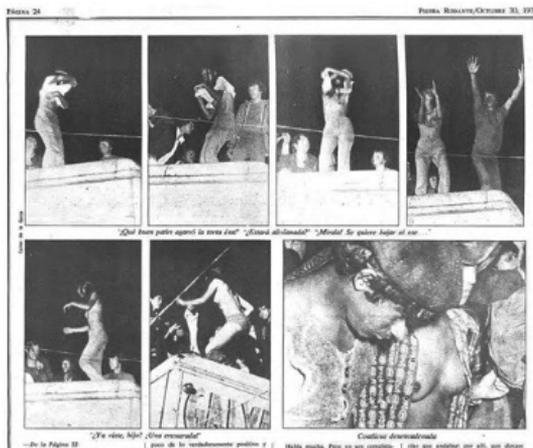


Figura 2. Carlos de la Garza, *Piedra Rodante*, 30 de octubre de 1971.



Figura 3. Carlos de la Garza, *Piedra Rodante*, enero de 1972.

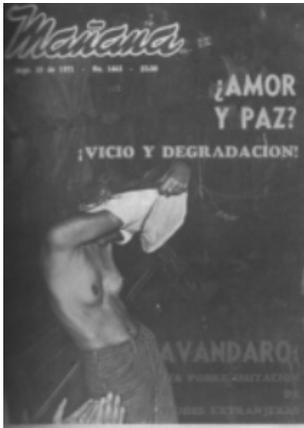


Figura 4. Portada de *Mañana*, 25 de septiembre de 1971.



Figura 5. Fotografía desconocido, *Plural*, octubre de 1971.



Figura 6. Fotografía desconocido, *¿Por qué?*, 30 de septiembre de 1971.

de las formas. Los pantalones a media asta y los brazos semialzados. Los dedos chasqueando. Chichis al aire, pero el rostro oculto por el cabello encintando. Interesante que uno de los vatos le siga la corriente, pero toree con la camiseta, como si esperara un final que se acerca.

Amaneciendo una nueva realidad, en esta revuelta el lenguaje ocupó un sitio esencial. Desafiaron así a la jerga barroca y cantinflasca —parlamentos de farsa— del “arriba y adelante”. Se adueñaron de sus palabras como medio para edificar un mundo. “Una chava se encueró, bien maciza, pese al frío que reinaba”, escribió Marsé en *Los símbolos transparentes* (1978). Deslizaba la historiografía hacia la literatura. El telón, una niebla de mota y pachuli. Más neta la de Vázquez Mantecón,¹ con dotes de pintor, mirándola desde un filme superochero: “Expresión liberadora, la muchacha realizado la trasgresión cultural tan deseada; ha abierto su mente mediante el uso de psicotrópicos; ha dejado atrás las inhibiciones y complejos tradicionales para desnudarse y bailar dejándose llevar por la música”.

Suceso tan nimio balconeo al periodismo nacional en los tiempos del chayote y el reglazo. Era otra tradición, alineada al *establishment*. Si para algo servía la prensa setentera era documentando la ideología del absolutismo priísta.

Ella sigue bailando. Encuerarse sirvió para desnudar la intolerancia del conservadurismo y las mañas mediáticas de la riquísima escuela. Ése sería el último número de *Rodante* ¿Cuál es la noticia? El manotazo anticipa el del *Excélsior* de

¹Álvaro Vázquez Mantecón, *El cine súper 8 en México*, México, Dirección General de Actividades Cinematográficas, 2014, p. 128.

Scherer. El fatal amarillismo de los medios puso estas imágenes en los márgenes de lo aceptable, utilizadas como “pruebas” de la decadencia. Lo de menos son las buenas conciencias. Habla de la transición mental y espiritual de una época. Radiografía, si se quiere, de una sensibilidad.

Excavan los estudios fotohistóricos las tensiones entre el periodismo y la historia. Con precisión quirúrgica, Alberto del Castillo reacomodó las piezas del rompecabezas, notando la rapidez con que la prensa se alineaba con el discurso oficial ¿Cooptación, oportunismo o simulación? Mala onda, los impresos presentaron Avándaro como el basurero donde se realizó una orgía. En el país de las medias verdades, nada dijeron los aplanados tabloides acerca de la inexistente organización, la pésima calidad del sonido fallando intermitentemente, la esculcada a la entrada o la poca luz para los músicos. Del helicóptero sobrevolando y la centena de *charolas* infiltrados.

Apanicado, el sistema soltó la artillería vertical de gaceti-lleros. “Orgía de la decadencia” cabeceó *El Día*. “Sodoma” en *La Prensa*. Mientras *El Heraldo de México* calculaba con exageración ¡dos toneladas de marihuana! En la sombra algún abusado se dedicó a centavear plumas y silencios. Los medios recibieron instrucciones precisas desde el palacio piramidal: no habrá otra historia que la versión oficial. ¿Qué pez? Vocin-gleros del mero mero; para las arrogantes mesas de redacción, los lectores eran súbditos pasivos. Vulgo estúpido; incapaz de leer entre líneas.

A ocho columnas inventaron el segundo Avándaro, el mediático. Pocas voces se zafaron del lodazal. El discreto cartón de Vadillo preguntando para qué encuerarse en público, si los centros nocturnos ya se encargaban por módica cuota. La beta-bel maquinaria de censurar propaló versiones desencontradas y formuló juicios sumarios. Entresaquemos ejemplos de aque-lla moral inquebrantable: “Motorolos” acuñó Javier Mendoza en *El Universal*. Lo corrigió certeramente *Últimas Noticias*: “Motofestival”. Mientras que a Guadalupe Hernández —en el inolvidable *Alarma!*— se le botó la canica imaginando a la juventud “enferma y engañada”. En el editorial, *Siempre!* hablaba del *agosto de los traficantes*. Y ofrendándose al altar oficial, un fresón Alejandro Íñigo de *Excelsior* escribió que el saldo del festival fue “una colosal orgía, demasiados muertos, quemados y atropellados”.

Ilustraciones para asustar a la sociedad. Llovieron adjetivos: lenones, *jipitecas*, greñudos, maricas... Quizá hoy las miremos como ridículas arqueologías del conservadurismo nacionalista. Pero no olvidemos que fueron los periodistas del régimen pre-térito quienes inflaron la moralina. Sobrenademos las aguas



Figura 7. Leonardo Vadillo, *Siempre!*, 22 de septiembre de 1971.

turbias: *chayoteo, sobre, borrego, chacaleo, vendeplanas, embute*. *Maicear* era expresión porfiriana para describir las dádivas. *Pesetear* el chantaje para esconder fotos comprometedoras. Según *Cine Mundial*: “Enloquecidos por el rock caliente, dos espectadores desquiciados, un hombre y una mujer, subieron al escenario [...] y se despojaron de su ropa mientras danzaban con movimientos de histeria”. Naranjas. Nelazo. Inventos mediáticos. Hablaban de ellos sin ellos.

Hasta aquí el resumen de la servidumbre dándole periodicos a la chaviza. En opinión de un ruco de esas lides, como Humberto Mussacchio, la cobertura sobre Avándaro fue de las mayores infamias del periodismo nacional. Asociaron al rock con una juventud desordenada e influida por extranjerismos indeseables. Ella sigue bailando. Para enero del 72, el marginal *Piedra Rodante* se inventó —o le mandaron inventarse— una *gran interviú* donde se escucha a quien bautizaron como Alma Rosa González:

Alma Rosa se presentó de improviso una noche, ya tarde, en la redacción de *Piedra Rodante*, y de la misma forma piró, sin dar oportunidad al fotógrafo siquiera de llegar. Según nos dijo, estaba de paso, en peregrinación a Huautla, y quería que la alivianáramos con una luz, ya que habíamos publicado anteriormente muchas de sus fotos del festival.

Notemos que el relato apareció originalmente sin firma. Sólo hasta 2001, en el pleitazo entre antiguos colaboradores, salió a luz que su autor había sido el promotor cultural Jesús Luis Benítez, el *Booker*. En los golpes bajos culparon al difunto reporteroquero, periodista salvaje bebiendo a destajo, colgando del hilo del humo. Creyente, como muchos entonces, que el periodismo era un género literario. Mal viaje. En su desaliñado estilo frente a la máquina de escribir, el audaz Benítez ha sido el escritor de La Onda menos valorado. Autodidacta, en sus hojas sueltas —que circulan en fotocopias de fotocopias— asoma chida lucidez entre la peda y el pasón.

Sicodelia pozolera y vinilos empolvados; el rock mexicano no ha conectado historiador a modo. A la altura de un pasado probablemente heroico. Quizá porque salvo algunas revistas y *zines* muy manoseados, no hay mucha literatura para comprender a las efímeras bandas. Los Spiders desafinaban en un lugar de Guanatos llamado Lucifer. En el tijuanes Mike's bar sonaban los Dug Dugs. La División del Norte tocaba en el Alaska, sobre la calle Hidalgo en Reynosa. Bátiz en un café cantante de Coyoacán llamado el Harlem. Pachangas, tardeadas y fiestas insignificantes. Flamazos. Destellos que se apagan

pronto. No quedaron registros sobre bandas sonoras, aliviane y libertad sexual. Encuere des-erotizado, que Rodrigo Moreno bautizó como *nudismo contracultural*.

Ella sigue bailando. Entre la multitud de encuerados y encueradas casi resulta inexplicable la celebridad de *Avandita*. No faltan, claro, sospechosistas en esta danza de lobos. Recientemente, Ennge Chavarría escribió acerca de la imagen de la chica semidesnuda: “Susurraban el gobierno la había llevado”. La operación amnesia. Pero en su momento, un cuadro Abraham Nuncio dedujo que la escena fue programada por los organizadores:

El festival tuvo sus momentos cumbre. Uno de ellos lo protagoniza una muchacha que, en un acto de desinhibición programada, realizó sobre el techo de un camión de mudanzas un simplificado e incompleto *strip-tease*. Varios chavos de los que la rodean la instan a que deponga sus senos desnudos, que no está bien, puede haber complicaciones, alguien puede llamarse a ofensa, ahí están las cámaras de televisión, y pues para qué.²

A ojos vistas, cabría reflexionar si el Avándaro evento fue la prehistoria de MTV, las cenizas del rock mexicano o piedra de toque de la contracultura mexicana. O todas esas cosas a la vez. Lo que sí creó el festival fueron sus propios mitos y sus propios mitómanos. *Is barniz*. Una larga cadena de nudos. “Todo se los vamos a poner a la vista” se repetía en los 10000 ejemplares del fotolibro *Nosotros* (1972). Exprimiendo la bacha de la sicodelia, *Figuras de la Canción* supo aprovechar el histórico reventón. Se desvelaron Arturo Castelazo y colaboradores para mandar a imprenta un número *especial* con un tiro de 100000 ejemplares. Banderazo de salida del Avándaro S. A., el tercero según mis cuentas. Nada memorable en interiores. Las fotos aventadas disimulaban la crónica empobrecida. De dar pena. Pero la contraportada ha hecho historia. Como foto es apenas afortunada. El gesto es duro, el escenario forzado y el movimiento estatuario; extraño como quien besa su mano. ¿Qué onda con la onda? Y, sin embargo, ya germina en ella la intuición: el acontecimiento fue siempre un desnudo performático. El patín fue entre lecturas de imágenes y su lugar en la memoria visual.

Sugerente, quiero creerlo, al ser una estampa de generación. La interpretación fotográfica de una idea. No hay maneras incorrectas, así que no hay fijón. En todo caso, ya había notado



Figura 8. Fotografía desconocido. Contraportada de *Figuras de la Canción*, 1971.

² Suplemento *La Cultura en México, Siempre!*, 6 de octubre de 1971.

Laurette Sejourné —describiendo el peregrinaje para la Virgen de Juquila— que los primeros en llegar eran los comerciantes para montar en la plaza los puestos de estampitas religiosas, estériles, suspendidas entre dos mundos.³

Muchas cámaras. “Pero en Avándaro”, dice Rogelio Villareal, “hubo pocos fotógrafos independientes y los escasos testimonios fotoperiodísticos acabaron en los cestos de la basura de las redacciones”. Nel pastel. Entonces, ¿quién amachinó esas fotos de *Santa Pasadena de Avándaro* como la llamó el gran Parménides? No fue Pedro Meyer quien retrató a los reporteros gráficos apiñados en lo alto de una “Torre de prensa”, estructura tubular amenazada con caer por el ascenso de los jóvenes. Brillante metáfora de la severa *torre de comunicaciones*, capaz de sacar del aire cualquier transmisión en cuestión de segundos.

¿Quiénes? Probablemente las lentes de Rafael López, Alberto Estrada, Albert Landa —fotógrafo de planta de *Piedra Rodante*—, José Pérez Ibarra, Rogelio Cuéllar, David Ryan —ilustrador del encuerado de Avándaro, a quien nadie pela—, Jorge Bano, José Pedro Camus, Francisco Drohojowski y Joel Turok —quienes ilustraron *Nosotros*—, entre los que sabemos estuvieron ahí. O algún otro.

Ella sigue bailando. Eran protagonistas de su tiempo. El simbolismo de sus propios cuerpos expresaba el rompimiento generacional. Visualidad que bizquearon las autoridades. Eran tiempos del cerco editorial que nadie quiere recordar. Existía una indiscutible “Comisión revisora”, los voceadores operaban como filtros de censura y agentes recogían de los puestos de periódicos tirajes enteros. En los hechos, las instituciones culturales tronaron la cultura del rock. Silenciaron los micrófonos, ¡Laaarga vida a la payola!

No cambiaron los inquisidores de la rebeldía. Tampoco las herramientas de sus cómplices. Lo que sí cambió fue la estación de radio. “Inició la larga noche”, en palabras de Amparo Sevilla. En el brutal apañón nadie quiso el crédito de la foto. Pero es legendaria por derecho propio. “La chica quitándose la ropa representaba cierta reafirmación de la libertad”, sintetizó Juan Alberto Salazar acerca del escozor que produjo. “Para los sectores más conservadores de la sociedad mexicana y varios periódicos y revistas, la chica desnuda se convirtió en el símbolo de la degradación y la pérdida de valores entre los jóvenes”.

Pero, entre los juicios amañados y el sermoneo oficial de los “disturbios”, convendría indisciplinar a la disciplina coleccionística. Nadie pretende rescatar una diosa del anonimato que la corroe. Más bien, seguir las huellas del culto que se resiste a mo-



Figura 9. Fotogramas de *Glorias de Avándaro*, 2005.

³ *El Corno Emplumado*, enero de 1962.



Figura 10. Daniel David, *La Cultura en México, Siempre!*, 6 de octubre de 1971.

rir, meditar la sobrevivencia de antigüedades visuales. Nunca he tenido la fortuna de ver un original de esta “Coatlicue desencadenada”, apenas su reproducción dispersa en revistas de aquel momento. Y los borrosos segundos —no le hacen justicia al mito— en el *Avándaro* de Gurrola. Habla más el silencio que las palabras. Por eso no extraña que *La encuerada* (1971) no se encuentre en ninguna colección fotográfica que conozca. Ni es de las certezas vitrinadas del museo. Existe, digamos, entre las fotografías inapelables e invisibles. Simón simonazo, a Doña Clío no le gusta el rock. Chale.

Meter a los hombres de piedra a los museos sirve mejor a la historia

Simon Schama

En años recientes Simon Schama se ha dedicado a realizar serios proyectos de divulgación histórica, como *A History of Britain*, *The Power of Art*, *The Story of the Jews*, *The Face of Britain* y *Civilisations*, por mencionar solo algunos. Esta nota apareció el 14 de junio en el *Financial Times*. Traducción de Elías Corro.

LAS ESTATUAS NO SON la historia; su opuesto, más bien. La historia es discusión, las estatuas no la toleran. Todo el honor de la historia radica en su contestataria incontenibilidad, en las actualizaciones que ponen al descubierto las mezquindades del poder, en el caso de que ellas oculten la verdad. A quienes horrorizan los actos de despedestalización de estos días —las protestas del movimiento Black Lives Matter han llevado a tirar las estatuas del comerciante de esclavos Edward Colton en Bristol y del colonialista brutal Leopoldo II en ciudades de Bélgica—, tales actos les parecen que “borran” la historia. Sin embargo, lo cierto es al revés. Es más frecuente que las estatuas, al presidir sobre el espacio público, en aras de la veneración cancelen el debate.

Muchas veces las estatuas se toman en cuenta cuando se ven amenazadas. ¿Cuántos visitantes al Dockland Museum de Londres se detuvieron ante la corpulenta estatua, derribada el martes 9 de junio, de Robert Milligan, propietario de 526 humanos, para disparar una discusión sobre la indis-